

Innovación disruptiva en política juvenil

—» EVERARDO PADILLA CAMACHO

Miembro del Partido Acción Nacional de México, en el que fue secretario nacional de Acción Juvenil. Es vocal ejecutivo del Instituto de Estudios Legislativos en el Congreso del Estado de México, presidente de Nada Nos Detiene A. C. y asociado de la Fundación Rafael Preciado Hernández.

Introducción

El mundo cambia más rápido que nunca y nada se puede comparar con lo que estamos viviendo. En cuestión de horas, quizá hasta minutos, puede producirse un fenómeno social, una tendencia en redes causada por alguna eventualidad superficial. Difícil de pronosticar y de comprender, hay una generación nueva, poco estudiada, cuya visión de la vida dista mucho de aquella a la que estábamos acostumbrados.

Rara vez hablan de política o religión; los asumen como dos asuntos cuyas instituciones carecen de credibilidad. La nueva credibilidad la tienen sus propias experiencias y las valoraciones que una masa les da. Una masa iconoclasta, que destruye todo el simbolismo para crear nuevos símbolos no trascendentales, puesto que estos siempre podrán ser remplazados sin temor ante la existencia de lo nuevo, considerado *a priori* como mejor.

Es mi interés compartir en las siguientes líneas algunas reflexiones sobre esta compleja generación y al mismo tiempo ilustrar sus alcances desde lo sucedido en México en Acción Juvenil, la rama joven del Partido Acción Nacional, durante los últimos tres años y medio. Para ello es importante un análisis autocrítico de dicha generación, muy heterogénea, pero con algunos rasgos comunes que en política pueden implicar transformaciones positivas.

Planteamiento

Quizá muchos no se educan en los colegios, se educan en internet como el mejor de los maestros. Líderes de 20 años que publican absolutamente todo y se convierten en los «influenciadores» más poderosos de su generación, son capaces de convocar multitudes con un solo *tweet* sin ofertar algo extraordinario. Todo lo contrario: su oferta es lo común; hablan de lo que cualquiera podría hablar, con simpleza, sin sentencia alguna; no son expertos en nada, pero opinan de todo lo ordinario: las relaciones humanas, la tecnología, la moda, las artes,

etcétera. Quizá su fama efímera se base en la existencia de contenido nuevo permanente, de hacer público cada rincón de su pasado, sus pensamientos y sus relaciones, de eliminar toda privacidad con el objeto de entretener a su público.

En ese mundo de las redes sociales, la veracidad no se cuestiona; se encuentra en función de la cantidad de personas involucradas en ellas. Es decir, la cantidad de personas que siguen a un *youtuber*, la cantidad de *views* que tiene un video, la cantidad de *likes* de una foto o nota es directamente proporcional a la confianza que se otorga a la fuente. Se trata de un liderazgo atípico, basado en el entretenimiento, pero con enorme capacidad de romper fronteras y transformarse en liderazgo social.

Estos líderes virtuales viven el presente, pero un presente inmediato; el ayer ya es pasado y el futuro no se planea. No existen visiones que trasciendan: ni los compromisos entre las personas, como el matrimonio o la amistad, ni la construcción de patrimonio como garantía de estabilidad, ni la superación académica como herramienta en el mundo laboral. La vida es un instante que debe ser aprovechado, y la mejor forma de hacerlo es vivir sin atadura alguna, dedicar el tiempo a aquello que nos haga disfrutarla.

Según Christian Ascencio, investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM:

En lo económico, esta generación no está afianzando cuestiones que le permitan cierta estabilidad, como seguridad social, un sistema de ahorros, de jubilación o pensión. Transitan de

una disciplina a otra, les cuesta enfocarse en un solo eje; han renunciado a un trabajo estable de por vida y prefieren el dinamismo. Colocan la satisfacción por encima de lo que en otro momento era responsabilidad en el sentido tradicional.¹

Es decir, no están preparados para una crisis porque en realidad no han vivido una; a pesar de las decenas de conflictos armados en el mundo, se trata de uno de los periodos más pacíficos y prósperos del mundo occidental. Pero sí abrazan algunas causas: un mundo utópico donde todos gocen de los mismos privilegios sin considerar el mérito para conseguirlos, un mundo donde la flora y la fauna obtengan condiciones similares a las de la vida humana, un mundo donde la autoridad sea imperceptible para la vida ordinaria. No luchan por patrimonio, sino por la mayor cantidad de personas contactadas en su red, una red etérea a la que se le tienen consideraciones sentimentales. Hay un líder que otorga contenido, sin exigir exclusividad ni lealtad, y unos seguidores que reciben el contenido y compartirlo es su forma de retribución.

Mucho se puede comentar sobre el *bono demográfico* mexicano y la forma en la que este puede influir en las decisiones públicas del país, pero lo cierto es que los partidos políticos no hemos sabido conquistar a esta generación tan

peculiar. Datos del Instituto Nacional Electoral reflejan que solo tres de cada diez jóvenes con credencial de elector ejercieron su derecho a votar en las elecciones de junio del 2015 para renovar la Cámara de Diputados, un porcentaje significativamente menor que el promedio de la población electoral.

Sin embargo, los nuevos votantes mexicanos representan al mismo tiempo un rango etario más participativo. En esa misma elección los jóvenes de 18 a 19 años que votaron por primera vez alcanzaron una participación del 44,22 %, significativamente superior a la participación de los jóvenes de entre 20 y 29 años, pero muy por debajo de la de los votantes de entre 60 y 69 años, que tuvieron una participación superior al 60 %.

Semanas antes de esa elección, el portal electrónico *Forbes* ilustraba las dificultades de convencer a esta generación y resumía:

El mercado de los votantes *millennials* no es nada despreciable: en términos concretos, el segmento de los 19 a 24 años de edad representa el 21 % del universo de cibernavegantes en México, lo que equivale a poco más de 12 millones de electores en potencia. La mayor parte de ellos sin una orientación política definida, pero con grandes deseos de informarse a través de los medios sociales.²

1 Cristina Pérez-Stadelman. «Millennials cambian el ideal de trabajo». *El Universal*, 2 de enero de 2017, disponible en <<http://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/sociedad/2017/01/2/millennials-cambian-el-ideal-de-trabajo>>.

2 Rubén Vázquez. «Política digital: nada fácil obtener el voto millennial». *Forbes*, 19 de marzo de 2015, disponible en <<http://www.forbes.com.mx/politica-digital-nada-facil-obtener-el-voto-millennial/gs.lXORnU>>.

Ergo, sigue pendiente atraer ese mercado que, según las estadísticas, podría ser decisivo en cualquier jornada electoral.

A la par de esta complejidad generacional, en el Partido Acción Nacional se vivió un proceso muy interesante de participación juvenil. Durante del año 2014, justo en el punto de inflexión producido por una crisis política interna, la cantidad de jóvenes de entre 18 y 25 años inscritos en el padrón nacional aumentó en un 500 %, mientras que el padrón general solo alcanzó un 200 % de crecimiento. Lo anterior adquiere mayor relevancia si se consideran variables como que el padrón de jóvenes es un instrumento dinámico que tiende a decrecer por obvias razones y que el partido en cuestión no goza de una plataforma electoral dirigida a este mercado ni, mucho menos, de una línea de pensamiento cercana a los movimientos estudiantiles o brotes revolucionarios nacionales en los que mayoritariamente participan los jóvenes mexicanos.

Al respecto es interesante mencionar algunos factores que podrán ayudar a comprender este crecimiento desmedido:

- a. En primer lugar, el descontento social que comenzó a crecer en contra del gobierno federal y particularmente de la figura del presidente de la República, emanado del PRI, pero que según cifras oficiales contó con el respaldo de la población joven durante la elección del 2012.
- b. La ligera recuperación electoral del PAN durante el proceso del 2013, cuando obtuvo importantes victo-

rias en capitales de los estados, que contribuyó a generar la percepción de un partido político competitivo después de la crisis del 2012, tras obtener el tercer lugar en los resultados presidenciales.

- c. El inicio de una fuerte oferta formativa a los jóvenes militantes y a los no militantes, que además logró ser mediatizada a través de las redes sociales, principalmente, y que consistió en un programa de becas destinadas a jóvenes militantes para estudios de posgrado en el extranjero, programas de seminarios y diplomados en instituciones de educación superior nacionales o extranjeras, y programas de formación intensiva patrocinados en su totalidad con el presupuesto del partido.
 - d. El ascenso de figuras partidistas relativamente jóvenes, mediatizadas, con agenda opositora pero propositiva, con un interés profundo en proyectar cercanía con la clase media y desvincularse de las formalidades y solemnidades de la clase política clásica.
 - e. La debilidad institucional de otros espacios de reclutamiento de jóvenes en partidos políticos opositores, incapaces de capitalizar el incipiente descontento social por los escándalos de corrupción y las tragedias sociales durante los primeros años del sexenio del presidente Peña Nieto.
- Me detendré en ahondar un poco más en el punto c, toda vez que se trata de un factor endógeno y con un alto porcentaje de responsabilidad a cargo de la Secretaría Nacional Juvenil que me correspondió encabezar.

Es importante puntualizar que el PAN ha tenido jóvenes militantes prácticamente desde la etapa fundacional. El promedio de edad de los fundadores del partido era de 29 años, y desde aquellas primeras jornadas para establecer una red nacional de militantes hubo jóvenes en ella. Con el paso de las décadas, dichas generaciones fueron asumiendo roles protagónicos en el partido, pero siempre promoviendo la participación de nuevas generaciones. Durante las etapas de consolidación institucional del PAN aparecen nombres de militantes destacados provenientes de las filas juveniles, y en 1987, después de una crisis política dentro del partido, se consolidó una nueva organización juvenil que lleva el nombre con el que hasta ahora se la conoce. Hago esta reseña para ilustrar la fortaleza del PAN en el ámbito de formación de jóvenes, frente a otras fuerzas políticas mexicanas que apenas hace algunos años han comenzado a trabajar en este sector con la dedicación y la disciplina que se requieren.

A la par de lo anterior, Acción Juvenil había atravesado un momento de pasividad producido por una crisis política dentro del partido muy vinculada a la dolorosa derrota del 2012, pero también a la falta de una agenda de trabajo durante algunos años. Esa falta de agenda produjo la implosión paulatina en muchas de las estructuras de jóvenes en el país y cierto desprestigio frente a la dirigencia del partido. Esto explica la sobredemanda de formación, la cual produjo la necesidad de implementar más capacitaciones que atraían a más jóvenes hasta el gra-

do de elevar la participación juvenil en los términos antes descritos. Durante el lapso de tres años el PAN invirtió un promedio de un millón de dólares anuales para sus estructuras juveniles y atendió de manera personal a diez mil de ellos con al menos una oportunidad formativa.

Sin embargo, los retos que implica esta nueva generación de jóvenes en el mundo no están cerca de ser alcanzados. En México los jóvenes representan la tercera parte de la población y el bono demográfico más grande de la historia. Al mismo tiempo, se trata de la generación más interconectada e informada, pero hasta ahora poco inserta en el terreno de la militancia partidista, aunque con un fuerte impulso dentro de la política estudiantil y en organizaciones no gubernamentales. Nadie puede negar los beneficios que el acceso de jóvenes a los partidos políticos representa para estos y para la democracia, pero al mismo tiempo considero prudente hacer una breve autocrítica sobre algunas características generacionales que, mal asumidas, podrían representar amenazas a la estabilidad y el desarrollo político de las naciones.

No es sencillo para los partidos comprender el perfil de un joven de esta generación, como tampoco lo es para la economía, la sociología, la psicología u otras ciencias sociales. Nos encontramos frente a una generación adicta a la inmediatez, que es una de las carencias más grandes de la política en toda su historia. Se trata de una generación impaciente, que no puede esperar los cambios graduales; antes bien,

optaría por transformaciones radicales, incluso si se dieran con violencia. La inmediatez con la que los jóvenes actuales se comunican con el mundo, piden comida a domicilio, pactan una cita amorosa, ven una película o una serie, compran un artículo y lo tienen en casa al día siguiente es la misma con la que exigen resultados a la autoridad política.

Ante este panorama, mal harían los gobiernos si trataran de adaptar su ritmo al de los jóvenes, puesto que, aunque la tecnología ha representado avances importantes en incontables rubros, también es preciso aceptar que se ha empoderado una generación sin madurez sobre las cosas que realmente importan. Tenerlo todo de manera instantánea no es posible en la vida real; las cosas trascendentes toman su tiempo. El amor, la satisfacción laboral, la autoestima y, en el caso de la política misma, el bien común no son alcanzables en un instante con la facilidad que nos brinda cualquier aplicación de celular.

Con respecto al PAN, vale la pena reconocer que ha sido incapaz de deslindarse de la llamada «derecha» en que socialmente se lo ubica. Dicho estereotipo es ciertamente un lastre para las estrategias de acercamiento y reclutamiento de líderes juveniles, que malamente asumen estas posiciones políticas como adversas y optan por esquemas más «revolucionarios» y cercanos a la supuesta izquierda mexicana.

Izquierda y derecha, en política, son denominaciones relativas, cuyo contenido varía en función de

la posición que arbitrariamente se atribuye a quien se autocoloca en el centro, y de la habilidad o docilidad que tengan quienes se ponen esas etiquetas para divertirse o para acomodarse dentro de la topografía política, cambiando la ubicación personal a tiempo, cuando los poderosos cambien o cuando el Poder da la espalda a lo que antes daba la cara.

Izquierda y derecha, centro y extremismo, radicalismo y conservatismo son términos que se utilizan en la literatura política, con tal pluralidad de sentidos que se han convertido en expresiones equívocas que, en realidad, se utilizan al gusto de cada quien.³

«Se trata de una generación impaciente, que no puede esperar los cambios graduales; antes bien, optaría por transformaciones radicales, incluso si se dieran con violencia»

La frase anterior, proveniente de don Adolfo Christlieb, destacado panista y expresidente del PAN, es una clara referencia sobre la postura del partido con respecto a la «topografía política», como él la llama. Resulta

3 Adolfo Christlieb Ibarrola, «Comunismo y socialismo, izquierda y derecha», *Revista La Nación* n.º 1116, 1963.

muy interesante la forma en la que, aunque el partido es asociado siempre como un partido de derecha, no existe registro en sus documentos fundacionales, principios de doctrina, estatutos o expresión alguna que sustente esta afirmación.

Pero si tuviéramos que preguntarnos los motivos por los que el PAN es visto incuestionablemente como un partido de derecha, resaltan dos muy básicos: el acercamiento durante los ochenta de grupos empresariales molestos con el sistema priista, que se afiliaron al PAN y obtuvieron relevancia en él, y, por supuesto, la cercanía ideológica del clero católico desde el periodo fundacional del partido.

Este último punto tiene su origen en la Guerra Cristera, cuando laicos católicos impidieron la imposición de la doctrina comunista desde la educación pública, por lo que dicha agitación social originó dos movimientos de carácter político. El primero, denominado *sinarquismo*, con el paso de los años fundó el Partido Demócrata Mexicano, que obtuvo relevancia electoral en los estados del Bajío. El segundo movimiento, mucho más moderado, se consolidó en 1939 con la fundación del Partido Acción Nacional, bajo la influencia de dos hombres que delinearón su rumbo: Manuel Gómez Morín, quien había sido un destacado académico, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y subsecretario de la Secretaría de Hacienda, entre otros cargos, y Efraín González Luna, un hombre originario de Jalisco que imprimió a los documentos fundacionales el se-

llo de la doctrina social de la Iglesia. Eso llevó a que el PAN fuera concebido como un partido cercano a esos principios, sin llegar a considerarlo un partido confesional.

Así fue como el estigma «partido de derecha» se aplicó al PAN de forma indiscutible, a pesar de que ha sido la oposición más consolidada frente al régimen del PRI y también ha sido muy crítico del liberalismo económico, además de que hay que reconocer que ha tenido algunos rasgos de «izquierda» al momento de hacer gobierno. Ejemplo de lo anterior son los programas sociales impulsados durante los sexenios panistas de Vicente Fox y Felipe Calderón, como los programas Oportunidades —destinado a otorgar un apoyo económico mensual a las familias en pobreza extrema— o Seguro Popular —que otorgó seguridad social gratuita a todos los mexicanos nacidos después del 2006—. Esto no podría explicarse según la lógica bipolar de la izquierda contra la derecha. Debemos suponer, entonces, que de ambos polos se rescatan elementos sustanciales para justificar el «centro» donde el PAN ha querido colocarse desde tiempos fundacionales.

De tal suerte, por razones coyunturales, históricas, fenómenos generacionales y cualquier otro hecho, atribuible al PAN o no, aún falta un largo camino por recorrer para que este partido pueda, aprovechando el momento político mexicano, transformar el sistema de la mano de esta compleja generación de jóvenes.

Conclusiones

Es cierto que existen valores rescata- bles en la generación *millennial*, como pueden ser la prontitud y la simplifica- ción de trámites gubernamentales, la celeridad para expresar opiniones po- líticas a través de redes sociales, el uso de tecnologías digitales para comuni- car a la población logros y anuncios, la transparencia y máxima publicidad de los servidores públicos en cuanto a las actividades que realizan y el recur- so público que se utiliza, entre otros. No obstante estos importantes avan- ces, también se puede señalar que los defectos de la generación implemen- tados en política podrían desembocar en graves crisis. Líderes políticos aclamados por su manejo de redes sociales y no por su capacidad de solución de problemas, la eliminación de la vida privada del personaje público, la ines- tabilidad emocional del actor político, entre otros, serían algunas de las con- secuencias que ya se están presentando en otras latitudes y no son extrañas en México.

Es decir, se puede dar lugar a una transformación positiva de la política y los partidos políticos en su conjun- to sin que esto suponga la sumisión al súbito ritmo con que la generación usa y desecha las tendencias, instituciones y personas. Al respecto, Antoni Gutié- rrez Rubí, experto en comunicación, recomienda integrar la energía de esa generación a la política formal de la si- guiente manera:

Un primer paso, sencillo, que puede ayudar a este objetivo es con-

textualizar las causas en lo político (enlaces a la legislación, propuestas de ley, etc.). La administración, la política, debe ser parte de la solu- ción. Podemos sacar la losa del po- der como algo ajeno, infranqueable, si somos capaces de generar alter- nativa [...]. Los *millennials* son, a su vez, un desafío y un reto para la política. Son un público complejo y difícil de tratar. Pueden mantenerse al margen de la política, mostrarse apáticos, desencantados, indiferen- tes. O pueden movilizarse y mos- trar sus dientes como hicieron en el Movimiento 15M en España o en Occupy Wall Street en Estados Uni- dos. De una manera u otra, desin- teresados o movilizados, seguirán siendo los protagonistas de la políti- ca durante algunos años más.⁴

De esta manera podremos tener una nueva clase política que, sin re- nunciar a la madurez de este arte mile- nario, pueda responder con prontitud, austeridad e innovación a las deman- das sociales que exige el mundo pos- moderno. Tener partidos políticos más conectados con su militancia, líderes sociales que interconecten a sus segui- dores, respuestas simplificadas, trans- parencia total en el manejo de recursos públicos y mecanismos digitales de

4 Antoni Gutiérrez Rubí, «La generación Mi- llenials y la nueva política», en *Jóvenes y ge- neración 2020*, disponible en <<http://www.injuve.es/sites/default/files/2015/35/publicaciones/12.%20La%20generaci%C3%B3n%20Millennials%20y%20la%20nueva%20pol%C3%ADtica.pdf>>.



Congreso Nacional de Estudiantes. Guanajuato, 2015
Fuente: <https://www.facebook.com/AJuvenil/photos>

participación ciudadana podrían ser apenas el comienzo de esa tan ansiada transformación positiva.

Concluyo postulando que esta transformación no podrá ser posible si no se la acompaña de una formación en la caridad para los jóvenes que actualmente se forman en la política partidista. Con el impulso de la juventud llegan muchos de ellos llenos de una esperanza e idealismo que con el paso del tiempo son sustituidos por el pragmatismo y la inmediatez; se habla del bien común, pero en privado se busca el bien estrictamente personal. Cuando logran el cumplimiento de una aspiración y apenas comienzan a ejercerla, ya proyectan con ilusión cuál podrá ser la siguiente. Hay prisa pero no rumbo; urge llegar alto, pero se ignora para qué hacerlo.

El filósofo mexicano Antonio Caso formuló una extraordinaria aprecia-

ción de la caridad, que no debe ser vista desde los ojos de quien la recibe, sino de quien la da. Es decir, su importancia reside en el complejo proceso interno que implica para quien realiza el acto. El acto caritativo no depende de la debilidad de quien es receptor, sino de la fuerza de quien es el emisor; «la explosión de fuerza», dice Caso, de una fuerza moral que se opone al mal y hace el bien para vencerlo.

Las tres clásicas virtudes del cristianismo son de obvia aceptación. La caridad no se demuestra ni colige. Es la experiencia fundamental religiosa y moral. Consiste en salir de uno mismo, en darse a los demás, en brindarse y prodigarse sin miedo de sufrir agotamiento. Esto es en esencia lo cristiano.

El cristianismo no es una apología de la debilidad, como lo creen

algunos contemporáneos, sino de la fuerza moral más pura, de la energía que se opone al mal, sin usar de sus medios para vencerlo. Virtud débil es una contradicción patente.

[...] Cuando se trata de la caridad, se piensa generalmente en el alivio que recibe el débil por la acción del caritativo, mas no en la explosión de fuerza que implica el sentimiento de caridad, al vencer las resistencias del egoísmo y brotar del alma del fuerte. La caridad es indisolublemente fuerza y bondad, fuerza porque es bondad, y bondad porque es fuerza; porque es virtud, no conforme al estilo del Renacimiento, como decía Nietzsche; ni a la griega, ni a la oriental, ni a la romana; sino virtud a secas, sin forma histórica demasiado humana.⁵

Pero, para Caso, el acto de caridad no solamente debe implicar un desinterés genuino, sino también un sacrificio de quien lo comete, un perjuicio subjetivo que eleva el acto a lo sobrenatural. Así termina haciendo un sincero llamado a hacer el bien a quien no lo merece pero sí lo necesita, un llamado a la santidad y a la sabiduría que otorgan la caridad y el saber respectivamente.

La caridad es acción. Ve y comete actos de caridad. Entonces, además de sabio, serás santo. La filoso-

fía es imposible sin la caridad; pero la caridad es perfectamente posible sin la filosofía, porque la primera es una idea, un pensamiento, y la segunda una experiencia, una acción.

Tu siglo es egoísta y perverso. Ama, sin embargo, a los hombres de tu siglo que parecen no saber ya amar, que solo obran por hambre y por codicia. El que hace un acto bueno sabe que existe lo sobrenatural. El que no lo hace no lo sabrá nunca. Todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de un hombre de bien.

Con esta última sentencia concluye un extraordinario ensayo Antonio Caso, reconociendo la trascendencia inigualable de una sola acción desinteresada por encima de todo lo que, lamentablemente, en nuestro mundo llamamos *progreso*. Un llamado vigente para este siglo también «egoísta y perverso» que requiere reflexiones profundas como estas, que colaboren a comprender lo verdaderamente importante en la inercia de superficialidades en que vivimos.

De tal suerte, es la caridad, en los términos expuestos, la vía por la que haremos que la política sea reformada en este mundo, no como una nueva revolución que altere el orden hasta establecer uno igual al depuesto, sino como un conjunto de pequeñísimos actos realizados por actores políticos cuya suma transforme, paulatina pero profundamente, un entorno que parece haber perdido su virtud fundamental: el amor al otro.

5 Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, México D.F.: Universidad Autónoma de México, 1972.